

# ESTUDIOS ARTISTICOS.



El bautismo de San Juan: escultura sobre piedra de Alberto Durero.

SEGUNDA SERIE.—1837.

AÑO IV. 22.



## ESCULTURA SOBRE PIEDRA POR ALBERTO DURERO.

La lámina que presentamos hoy á nuestros lectores en este artículo, es la de una escultura sobre piedra, de siete pulgadas y tres cuartos de alto sobre cinco y medio de ancho: ha sido comprada en Bruselas en cincuenta guineas (unos cincuenta y cinco mil reales) por un inglés llamado Paine Kint que á su muerte la ha legado al *British Museum*. La piedra, de la especie de las empleadas para afilar las navajas es de un hermoso y delicado color de yema de huevo, de una sola pieza, salvo la adición del perro y de los libros. Al lado del perro se ve el monograma, bien conocido, de Alberto Durero y la fecha de la obra. Las figuras del primer término están esculpidas casi á medio calado. El lector puede apreciar por sí mismo, por el dibujo fiel que publicamos, el mérito de este hermoso trabajo, la variedad y la sencillez de la composición. El asunto está to-

mado del Evangelio según San Lucas, capítulo primero, versículo cincuenta y siete y siguientes:

«Y habiendo llegado el tiempo en que debía parir Isabel, parió un hijo.

«Y sus vecinas y sus parientes, habiendo sabido que Dios había derramado en ella su misericordia, se regocijaron con ella.

«El octavo día vinieron á circuncidar al niño que llamaron Zacarías del nombre de su padre.

«Pero la madre dijo: no, se llamará Juan. Dijéronla entonces: no hay nadie en la familia que se llame con ese nombre.

«Y pidieron por señas al padre cómo quería que se llamase; y pidiendo una tablita escribió: Juan es su nombre, y quedaron todos asombrados.

«Inmediatamente la boca de Zacarías se abrió, se soltó su lengua y habló bendiciendo á Dios.

«Todos los vecinos quedaron aterrados, y el rumor de todas estas cosas se esparció por todas las montañas de la Judea.»

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

### ROSA LA MOLINERA.

Feliz el que nunca ha visto  
Mas río que el de su patria,  
Y duerme anciano á la sombra  
Do pequeñuelo jugaba.

LISTA.

El tío Fermín era un buen labrador de Murcia, el mas rico de su pueblo, que se llama Yecla. Poseía una casa de campo contigua á un bosque, buenos prados de segura renta, tierras bien cultivadas y algunas fanegas de un pinar que soportaban muy bien una corta cada diez años y volvían á brotar á las mil maravillas.

En la hacienda engordaba bueyes: dos vacas le daban bastante leche, y los mozos de la quinta, que habían tenido el capricho de cambiar de amo, volvían muy pronto al primero, porque en ninguna parte le había mejor, ni mas indulgente y amable sobre todo.

El tío Fermín era un buen hombre de unos cincuenta años, buen color, ojo listo, y muy entendido agricultor. Sin ser hacendista llevaba cuenta, no era avaro, pero entendía sus negocios. Le querían en Yecla porque era caritativo, y cuando los aldeanos tenían alguna disputa, le tomaban por árbitro y pasaban por su juicio sin apelación. Se había tratado por esto de nombrarle alcalde del pueblo, pero lo había rehusado, alegando modestamente que no tenía bastante instrucción para cumplir aquellas graves funciones.

Antes de pasar adelante, será bien que digamos á nuestros lectores que el tío Fermín tenía un hijo que había pasado de los veinte años y entraba en los veinte y uno. Era un mocetón alto, blanco, siempre vestido de negro, que gastaba frag, y á quien sus convecinos llamaban el señor Clemente, cuando á su padre se contentaban con llamarle el tío Fermín.

El tío Fermín había llevado á su hijo á los escolapios de

Valencia y le había hecho dar educación. El buen hombre, cuyo golpe de vista era seguro y tenía buen juicio, había errado en esta ocasión completamente el cálculo y no tardó en conocerlo. Antes de haber ido á Valencia, donde había hecho sus estudios, Clemente era un muchacho alegre y gordiflon, que no soñaba en mas porvenir que en la herencia paterna, y que no encontraba cosa mas agradable que su casa de campo. A su vuelta Clemente había cambiado en un todo. Gustábase llevar zapatos y botas de charrol y el paño burdo de su padre le humillaba. Pretendía que la existencia del campo y de los lugares era prosaica, monótona, y buscaba en derredor de sí las heroínas que pululan en los folletines del periódico *Las Novedades*, á que el padre estaba suscrito.

El tío Fermín había pensado siempre en establecer bien á su hijo, y para esto había puesto los ojos en una sobrina murciana que tenía veinte años, viuda de un molinero, el mas rico de toda la comarca. El molino de la viuda estaba situado á dos tiros de fusil de la quinta.

Era un edificio blanco, elegante y rodeado de sauces. La molinera era rubia, linda, traviesa como una heroína de Alejandro Dumas ó de Jorge Sand. Cuidaba sus blancas manos, y calzaba sus delicados pies con zapatos finos ó botitas que se hacía traer de Murcia. Era encantador verla por la tarde sentada á la puerta de su molino riendo á sus criados con un tono que en vano se esforzaba en hacer aparecer severo.

Cuando el tío Fermín pasaba por el molino se sonreía y se restregaba las manos murmurando:

—¡Qué muchacha tan guapa y linda va á ser mi nuera!

Y despues, como el tío Fermín era ante todo propietario, echaba una mirada de reojo sobre las tierras pertenecientes á la molinera que estaban contiguas á la suyas y decía:

—Mi hijo Clemente tendrá un día la mejor hacienda que haya en toda la provincia de Murcia y de Alicante.



Sin embargo, las maneras desdenosas de su hijo alarmaban un poco al buen hombre. Notaba con pena la repugnancia que le inspiraban las faenas del campo y la poesía del hogar doméstico, que es la mejor de las poesías. Tolerábale de buen grado que gastase frac y levita pensando que aunque el hábito no hace siempre al monje, le hace respetar algunas veces; pero no podía aceptar sin murmurar, que el señor Clemente cuando faltaba algún mozo en la hacienda, no se quitase el frac ó la levita para echar una mano al trabajo.

Sin embargo, preciso es confesarlo, Fermin no perdía por esto ni las ganas de comer ni de beber, y contaba demasiado con su autoridad paternal y tal vez un poco con los ojos de la molinera, para hacer entrar á su vástago en ideas mas arregladas y sanas.

Fuése un día al molino á las ocho mientras los mozos de la labranza se dirigían á la quinta para desayunarse. Llegó á la puerta del molino donde la linda viudita acababa de peinar sus rubios cabellos delante de su espejito, y la que le presentó una silla diciéndole:

—Buenos días, tío Fermin, siéntese vd.

Comenzó la conversacion en estos términos:

—Rosa, sobrinita, ¿qué edad tienes ya?

—¡Oh! ya soy muy vieja, tío mio, respondió con una sonrisa que trascendía mas á la ciudad que al campo: tengo veinte años.

—¡Bah! dijo el labrador, ya me conformaría yo con ser tan viejo como tú. Eres muy linda, Rosa.

—¡Ah! respondió con una sonrisa, ¿lo cree vd. así?

—¡Caramba! no es solo mi parecer, sino el de otros muchos: así lo dicen todos en Yecla.

—¡Se dicen tantas cosas! ¡Son tan habladores los lugareños, tío!

—Sí, pero mas valdría que no hablasen.

—¡Toma! dijo Rosa haciendo una graciosa mueca, eso no perjudica á nadie el que digan que soy bonita.....

—Eres viuda, sobrinita.

—¡Ay! suspiró Rosa con un tono que no era muy aflictivo.

—Si te volvieras á casar...

—Ya pienso en eso, respondió ingenuamente.

—¿Qué piensas de tu primo?

—De Clemente?

—Sí, dijo el tío Fermin guiñando el ojo derecho.

—¡Oh! dijo Rosa, está bien, es un caballerito.

—¿Preferirías tú que fuese.... un labriego?

—Segun y conforme.... pero....

El tío Clemente se restregó las manos.

—Ese *pero* me gusta.

—Yo no he dicho que *sí*, tío.

—¿Has dicho que *no*?

—Tampoco todavía.

—Entonces es cosa hecha. Adios, Rosa.... Te anuncio la visita de tu primo.

—¿Ya?

—Cuando mis cebadas están maduras las hago segar y no aguardo al invierno.

—Bien, es vd. muy amable, murmuró la molinera picada.

—¿No has dicho que te ibas haciendo vieja?

Rosa no respondió al pronto; pero se echó al cuello del labrador, le dió un beso en las mejillas y le dijo amenazándole con el dedo:

—¡Ah, si vd. no fuese hombre de edad!

El tío Fermin se largó muy listo, como si en el molino hubiese cambiado sus cincuenta años por los veinte de que se quejaba la molinera.

En la puerta de la hacienda encontró á Clemente.

Clemente se hallaba meditabundo y pálido como todos los héroes de novela. Llegóse á su padre y le saludó con ceremonia, lo que dió mucho que pensar al buen hombre.

—Padre mio, le dijo, le buscaba á vd.

—Y yo también á tí, respondió el labrador.

—Tengo que hablar con vd.

—Como yo. Pero, añadió el tío Fermin que se imaginó el objeto de Clemente y que lleno de alegría quiso que fuese el que diérase el primer paso, comencemos por tí: ¿qué quieres?

Tomó Clemente una actitud melodramática.

—Padre mio, dijo, mañana es el primero de noviembre.

—Día de Todos los Santos, añadió el labrador, y aniversario de tu nacimiento, hijo mio.

—Eso es lo que yo iba á decir á vd.

—Vas á cumplir veinte y un años....

—Sí, padre mio.

—Es la edad en que un muchacho debe casarse.

—En eso pienso, Padre mio.

—Muy bien, murmuró el tío Fermin.

—Padre mio, continuó Clemente, ¿vd. sabe que tiene que darme cuenta de la hijuela de mi madre?

Aquella brusca salida fué muy desagradable al tío Fermin. Sin embargo, respondió con calma.

—Ya lo sé, hijo mio; te debo cinco mil duros, un caudal.

—¡Oh! dijo Clemente, no reclamo sino las rentas.

—No las gastarás todas enteras, murmuró el tío Fermin.

—No cuento con permanecer aquí, padre mio.

El labrador dió un paso hácia atrás.

—Mañana me marchó á Madrid.

El buen tío Fermin retrocedió todavía y creyó soñar.

—Pero tu muger no querrá ir allí, exclamó: ¿y qué harías tú en otra parte? ¿Quién cuidaría el molino y la hacienda?

—¿Qué me está vd. diciendo, padre mio? ¿De qué muger y de qué molino me habla vd?

—De Rosa y su molino. ¿No quieres casarte con Rosa?

—¡Una aldeana! Quite vd. de ahí!

Y Clemente á su vez dió un paso atrás.

—Padre mio, continuó, vd. me ha hecho dar educación: vd. me ha hecho estudiar gramática, filosofía y literatura: vd. comprende que no puedo ser ni molinero ni labrador.

—¿Pues qué quieres ser? exclamó el tío Fermin con indignacion.

—Quiero ser pintor, literato, dijo friamente Clemente, ó mas bien, ya lo soy, tengo talento....

El labrador se encogió de hombros.

—Este muchacho está loco, murmuró; tal vez haria bien en hacerle encerrar.

Clemente saludó á su padre y se marchó.

El tío Fermin permaneció absorto durante algunos instantes creyendo estar soñando: empero juzgó prudente ir á consultar con su sobrinita al molino, adoptando el refrán que dice que *el consejo de la muger es poco, pero que el que no to toma es un loco*.



La molinera le escuchó hasta el fin y le dijo con mucha calma:

—Tiene razon mi primo en querer ir á Madrid; déjele usted marcharse.

—¿Estas loca?

—Ni por pienso. Esté vd. tranquilo, volverá.

—Pero.... murmuró desesperado el labrador.

—Tio Fermin, dijo la molinera con una seriedad cómica, soy vieja, tengo experiencia, ¿quiere vd. fiarse en mí?

—Habla.

—Clemente irá á Madrid.... mañana mismo.

—Pero ¿por qué?

—¡Chut! Vd. le dará una pension de 6000 reales al año.

—Buen Dios, dijo el labrador ¿quieres arruinarme?

—Y si contrae deudas, como es posible, las pagará vd.

—¡Justo cielo!

—Hasta que lleguen á cinco mil duros.

—Rosa, hija-mía, tú eres tan loca como él.

—De ninguna manera. Antes de un año Clemente estará aquí de vuelta.

—Dios te oiga.

—Y no traerá ni frac ni levita.

—¡Ah! suspiró el labrador.

—Se pondrá una blusa ó una chaqueta, y encerrará su ropa de paño fino.

—¿Lo crees?

—El refran dice, que Dios quiere lo que la muger quiere.

Y Rosa se atusó el pelo lo mas coquetamente posible, se plantó un vestido de los domingos, sus medias finas, sus zapatos elegantes, su mas gracioso prendido, cogió el brazo del tio Fermin, y se vino con él á la hacienda.

Clemente se hallaba en su cuarto. Subió Rosa allí, cerró la puerta y le dijo:

—Primo, tu padre, el tio Fermin, se va haciendo viejo y gruñon, y acaba de contarme un cuento.

Clemente abrió tanto ojo.

—Figúrate que ha venido á decirme que querias irte á Madrid.

—Es verdad, dijo friamente Clemente.

—No es eso todo, sino que ha añadido que se opondria á ello.

—Ya veremos, dijo resueltamente el futuro pintor.

—Consiste, dijo Rosa con un tono infantil, en que, como te he dicho, el tio Fermin es ya viejo y gruñon, y pensaba casarte conmigo. ¡Casarte conmigo, que solo soy una molinera y una aldeana!

—Prima.... tartamudeó Clemente confuso y forzado á confesarse á sí propio que Rosa era un buen bocado.

—Pero tu padre no tiene razon, señor Clemente, continuó con una diabólica coquetería: es muy natural que te aproveches de la educacion que has recibido: la muger que necesitas es una gran señora de las mas encopetadas de Madrid....

Clemente sintió ajado su orgullo, pero no dejó de conocer por eso que Rosa era realmente linda.

—Yo, prosiguió Rosa, he persuadido á tu padre que me hiciese ese favor, y ya no se opone á tu marcha.

—Primita... ¿que buena eres!...

Clemente besó la mano de la molinera y murmuró aparte:

—Esta muchacha es muy simple al pensar que las señoras de la ciudad sean mas lindas que las molineras de Murcia.

A la mañana siguiente Clemente se marchó en compañía de un amigo suyo bastante mala cabeza, antiguo discípulo en el colegio de Valencia, que pintaba bastante mal, y que le habia vuelto la cabeza ponderándole los triunfos que podria conseguir en la capital de las Españas.

El tio Fermin cuando vió marchar á Fermin se echó á llorar lo mismo que un chiquillo.

—Consuélese vd., tio mio, le decia la molinera... volverá... y muy pronto.

¡Ah! pasóse un año. El pobre labrador no vió presentarse en el horizonte sino las reclamaciones de una multitud de acreedores. Pagó sin decir una palabra, pagó siempre porque Clemente era dueño de su caudal, pero de tiempo en tiempo iba al molino y decia á la molinera:

—Ya ves que no vuelve.

—¡Paciencia! respondia esta con menos seguridad que antes.

Lo que no impidió al buen tio Fermin caer en una profunda tristeza, y envejecer diez años en algunos meses.

Al cabo de algunos meses mas, no quedó á Clemente nada de la enorme suma de cinco mil duros.

En cuanto á la pintura no hizo muchos progresos. La Academia de San Fernando habia rehusado admitir un cuadro que Clemente trataba de presentar á la esposicion. Sus pretendidos amigos le robaban como en un bosque: una señora de gran tono, á cuya mano se habia atrevido á aspirar, le habia plantado bonitamente en la calle dándole calabazas.

Llegó el desengaño. Una mañana Clemente se puso á pensar, que Madrid y la vida de artista tenian muchas espinas, y despues se acordó del lindo talle y la gracia de la molinera; y despues todavia, del doloroso abrazo de su padre anciano, que lloraba al despedirse de él....

Desgraciadamente, Madrid se parece al laberinto de Creta, y no se puede salir de él sino con el hilo de Ariadna, y una muger solo posee el ovillo. Este no venia, y Clemente continuaba errante en Madrid, cayendo de desengaño en desengaño, cuando el cartero le trajo una carta concebida en estos términos:

Mi querido primo:

Tengo veinte y un años y soy vieja, y pienso casarme dentro de ocho dias. ¿Adivinas con quién? Estoy segura que no podrás caer en ello.... Voy á ser tu madrastra, y esposa del tio Fermin. Tiene cincuenta y un años, es verdad, pero está fresco como una rosa y firme como un roble. Somos vecinos, la hacienda y el molino reunidos formarán un hermoso patrimonio. Te convido á la boda. Si te has casado ya con una hermosa señora de Madrid, tráela para que la obsequiemos aqui lo mejor posible. No somos mas que unos lugareños, pero sabemos obsequiar á los huéspedes tan bien como en esa.

Tu futura madrastra,

LUISA.

P. D. Tu padre no queria que te escribiese porque dice que una boda de lugar no debe divertir mucho á un



señor como tú; pero yo pensé que no eres orgulloso y que nos honrarás con tu presencia. El domingo nos toman los dichos y nos casamos por la noche.

Otra. A propósito: como es muy posible que te halles algo apurado, porque la vida de Madrid hace gastar mucho dinero, te envío cuatro mil reales en letra á la vista para que vengas sin tardanza.

Estático se quedó Clemente con la lectura de aquella carta; despues empezó á esclamar que su padre era un loco al casarse á su edad, y pensó todavía en el lindo talle y gracioso rostro de la molinera.

Los cuatro mil reales de Rosa llegaban como miel sobre hojuelas. Sirviéronle para pagar algunas deudas de las mas precisas, y en la misma noche tomó la diligencia de Almansa para desde allí irse á Yecla. A la mañana siguiente, es decir, el domingo por la mañana, Clemente llegaba á Yecla. Para ir á la hacienda de su padre tenía que pasar por el molino. Clemente vió la puerta abierta, entró y encontró á la molinera componiéndose para ir á la iglesia.

—¡Dios mío! señor Clemente, murmuró ésta con un poco de ironía, ¿ya ha venido vd.?

—Sin duda, respondió éste con una emocion que no pudo dominar.

Rosa estaba mas linda que nunca.

—¿Y la hermosa señora de Madrid?

—No soy casado.

—¿De veras? ¡Tanto peor!

Clemente se mordió los labios.

—¿Tantas ganas tenias de eso? la dijo con despique.

—¡Ya!

—Yo creia que en otro tiempo mi padre.... había tenido intencion de....

—Entonces era muy regañon, pero ahora se ha hecho muy razonable... Y ha pensado que lo que no era bueno para tí podia serlo para él. Mira, ahí lo tienes....

El tío Fermin entró. Se hallaba adornado como un príncipe. Tenia una deliciosa sonrisa en los labios, y un rayo de felicidad brillaba en sus ojos. En una palabra, tenía cuarenta años mas bien que cincuenta.

Despues de haber abrazado á su hijo, no sin alguna emocion, plantó un gran beso en la frente á Rosa, diciéndola:

—Buenos dias, mugercita mia.

Clemente encontró aquello demasiado familiar y aun impertinente.

—Vamos á la misa, dijo el buen hombre. ¿Vienes tú, Rosa? ¿Viene vd., Clemente?

—¿Por qué no me tutea vd., padre mio?

—¡Toma! muchacho, un caballero como tú....

Clemente se ruborizó y tartamudeó algunas palabras.

—Señor Clemente, dijo la molinera con un respeto impregnado de maligna ironía, vaya vd. con mi marido, yo les alcanzaré. Tengo órdenes que dar para recibir al señor cura que va á venir esta noche aquí.

Clemente á aquella palabra de cura, cogió del brazo á su padre con un mal humor concentrado, y dijo al labrador mientras iban por el camino:

—¿Y piensa vd., padre mio, volverse a casar á su edad?

—¡Toma! ¿y por qué no? dijo el tío Fermin irguiéndose

y haciendo brillar sus ventajas físicas, no me parece que estoy malo; me siento fuerte y bueno.

—Sin duda.

—No estoy tan deteriorado....

—No digo que no.

—Y es bonita mi futura.

—¡Ay!

—¿Por qué ese ay?

—¡Oh! murmuró Clemente, porque pienso que tiene treinta años menos que vd.

—Justamente, ¿y qué?

—Que vd. será muy viejo.... cuando ella sea todavía jóven y bonita.

—¡Bah! yo espero conservarme bien y cuidarme.

—Reflexione vd. bien, padre mio....

—¡Qué caramba! dijo el labrador con un aire sencillo, al presente ya no es tiempo de volverse atrás....

—¿Y por qué no?

—Ya he anunciado á todo el mundo mi matrimonio.

—¿Y qué? dijo Clemente, todos los dias se ve eso; un matrimonio de repente se trata y despues se rompe.

—Y ademas el notario va á venir para tomar los dichos, y á la noche el cura.

—¡Diablo!

—Y tú sabes que el notario tiene que venir de Murcia.

—Puede volverse muy bien á ir.

—Si, pero ya traerá redactado el contrato.

—¿Ha dejado los nombres en blanco?

—No sé.... ¿por qué?

—Porque en ese caso no se perdía el trabajo del escribano y el contrato podia servir para otro.

—¿A quién? dijo el tío Fermin con una sonrisa maliciosa.

—¿Caramba! dijo resueltamente Clemente, á mi, si usted gusta.

En aquel momento los alcanzó la molinera.

—Oye, Rosa, ¿sabes que mi futura felicidad ya me ocasiona envidiosos? Tengo un rival....

—¡Tanto peor para él! respondió Rosa.

—Adivina quien es.

—¡Oh! dijo ella con su traviesa sonrisa, no es difícil adivinarlo. Es mi buen primo de Madrid: pero pierde el tiempo: yo no quiero un marido que gaste frac negro; en el molino le llenaria de harina desde por la mañana hasta la noche.

—Si no es mas que eso, exclamó Clemente quitándose su frac y echándose á los pies de la molinera, cuyas manos besó, mírame ya en mangas de camisa.... Trage de molinero.

—Entonces, dijo Rosa, no te volverás á Madrid, y si tenemos hijos no han de ir jamás al colegio.

—Te lo prometo.

—Es singular, murmuró el tío Fermin, que los jóvenes de hoy no quieran nunca ser lo que eran sus padres!...

Esta fué la única critica de la conducta de su hijo que se permitió hacer el buen labrador, que se resignó con mucho gusto á cambiar el papel de novio por el de abuelo.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.



## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

## LOS DOS PRIMOS.

## CRÓNICA DE LAS CALLES DE GANTE.

¿Por qué los primos han  
dado su nombre á un in-  
secto incómodo? (1)

GAFFEOR, preguntas.

Habia en Gante en 1339, en la calle que va de la de la Cueva á la del Mortero, cerca del malecon de las Vacas, dos mercaderes que eran primos hermanos; el uno que vivía en el extremo mas alto de la calle, con la muestra de *La Espiga de trigo*, era mercader de granos por mayor y menor, y se llamaba Jacobo Paes. José Paes, el otro, porque eran primos por línea paterna, habitaba el extremo mas bajo de la calle, con la muestra de *Le Adormidere*, y vendía aceite.

Estos dos hombres no se querían, como sucede muy frecuentemente entre primos. Se tenían mutuamente envidia, la fortuna del uno impedía al otro dormir, y precisamente acaso por ser primos, trayendo un mismo origen, cada uno de estos dos ambiciosos mercaderes hubiese querido ser el mas rico. ¿Eran honrados los dos? Esto es lo que se juzgará, al menos con respecto á uno, por la aventura que vamos á referir.

Por una especie de consideracion al mundo, tenían costumbre de proveerse el uno en casa del otro de las cosas que constituían el objeto de su comercio. Así Jacobo compraba su aceite en casa del primo José, y éste no tomaba mas que en casa de su primo Jacobo los granos que necesitaba en su casa, la avena para su caballo, y el mijo de sus pajarillos.

José era amable y altivo; Jacobo era activo y atrevido.

Apuntados estos preliminares, sucedió que un día Jacobo Paes fué á comprar á casa de su primo doce libras de aceite para las luces. Cuando tuvo su medida, Jacobo consecuente con la vanidad que agrada uno ostentar entre parientes, arrojó sobre el mostrador para pagar un monton de oro, pidiendo á José la vuelta de lo que quedaba.

El comerciante de aceite abrió su cajon, y no encontrando en él bastante moneda para cambiar el monton de oro, se creyó en el deber de empezar un saco colocado sobre su mostrador, en el que habia contados en diversas monedas trescientos florines. Luego, variando de parecer, volvió á atar el saco, sin tomar nada de él, y fué á la taberna vecina á cambiar el monton de oro que le habia dado Jacobo.

(1) En francés *cousin* significa primo y *cinife* ó mosquito de trompetilla.

Durante la corta ausencia de José, Jacobo, que al parecer tenia todavía otros defectos ademas de la envidia, se dejó tentar por el saco abandonado á su vista, y le metió en su jubon.

Como á cada instante acudían nuevos compradores á la tienda, calculó que se sospecharia de todos menos de él. Si hizo otras reflexiones, pasaron con la rapidez del relámpago. Consumado estaba el crimen cuando José volvió; dió la vuelta del monton de oro, y las gracias á su primo, dándose memorias para las familias respectivas segun acostumbraban, y se puso á despachar á los demas parroquianos que entraban.

Pero no habia andado el ladron cincuenta pasos, cuando José pensó en su saco; arrojó una mirada sobre el mostrador, y por una especie de instinto que se produce algunas veces entre gentes que se conocen, contra las previsiones de Jacobo, no sospechó en otro que en él, dejó de nuevo su almacen donde nada de valor quedaba expuesto, y corriendo tras su primo, le alcanzó delante de su puerta.

—Os habeis equivocado, le dijo, cogiendo mi saco de trescientos florines.

—¿De qué saco hablais? replicó Jacobo sin turbarse.

Al mismo tiempo intentó entrar en su casa. José se lo impidió, y se expresó con mas calor que de costumbre. Nadie quiere ser robado. Los vecinos se amotinaron; y encarnizándose la disputa, se condujo á los dos primos á casa del decano del cuartel.

La ciudad de Gante era entonces muy populosa; para facilitar en ella la administracion de una buena policia, y acomodarse á las ideas democráticas que desde entonces estaban muy esparcidas, Santiago de Artebelde habia dividido Gante en doscientas cincuenta barriadas. Los habitantes de cada barriada elegían entre ellos los mas sábios ancianos, y los de mas experiencia, y un decano del cuartel que arreglaba sus diferencias, y ante el que se llevaban todos los negocios antes de recurrir á los jueces. El decano del cuartel ó barriada era Claes Dierick, hábil anciano y lleno de recursos. Eran las diez de la mañana; y el buen hombre acababa de almorzar, cuando los dos primos comparecieron ante él.

Se le espuso el negocio.

—Triste es, dijo, que dos primos desconfíen el uno del otro. Pero en fin, lo primero que hay que hacer es registrar á aquél á quien se acuse; porque todavía debe tener el saco consigo, puesto que desde el robo no ha entrado en ninguna parte.

—¡Oh! exclamó atrevidamente Jacobo sacando el saco de su jubon, efectivamente tengo un saco; pero es mio.

—¿Y cuánto contiene vuestro saco? preguntó el decano dirigiéndose á José.

—Trescientos florines.

—¿Y el vuestro, Jacobo?

—Trescientos florines.

—Esta coincidencia es singular; pero no es imposible. ¿No podeis sospechar de otro que de vuestro primo?



—De nadie, respondió José; él es el único que ha quedado sin testigos en la tienda.

—Puesto que no hay testigos, replicó el decano, el asunto es difícil y grave. Os debo recordar que las penas son severas tanto para el ladrón como para el calumniador; que tenemos en Gante terribles calabozos y buenas potencias en nuestras justicias. Vais á hacer juramento uno y otro, ante Dios nuestro Señor, de no decir mas que la verdad.

Trajeron un crucifijo, sobre el que de rodillas los dos primos estendieron las manos; juraron uno despues de otro, con rostro igualmente sereno, decir la verdad sin reserva. El buen decano se encontró perplejo con la firmeza de estos dos hombres; comenzó á creer que José podía engañarse; sin embargo, no permitiéndole su antigua experiencia juzgar muy de ligero, procedió á un interrogatorio por órden.

—Esplicadme, dijo al acusado, la causa de esos trescientos florines que teniais en un saco sobre vuestro mostrador.

—Los tenia alli, respondió José, para pagar igual suma al señor Lievin Soyers, que vive en la plaza de San Juan, como saldo de una gran partida de semilla de lino que me ha vendido; y como debo pagar hoy mismo al medio dia, no he querido descabalar esta suma que está bien contada, y fui á cambiar la moneda de oro á la taberna del Ruwaert.

—Y vos, dijo Claes Dierick, despues de un momento de silencio, vos, Jacobo, ¿de dónde vienen esos trescientos florines que por una coincidencia extraordinaria llevais sobre vos hoy, y que comò los de José son de todas monedas?

—Esto proviene, respondió el ladrón, de la cebada y semillas que he vendido esta mañana á diversos comerciantes de granos de la ciudad y forasteros, sobre el mercado del Viernes. El decano reflexionó un instante; despues dijo, dirigiéndose tambien á Jacobo:

—¿Tendreis en vuestra casa, en vuestra tienda, otros trescientos florines, en monedas menudas, como la cantidad que está en ese saco?

Habiendo respondido Jacobo Paes que si:

—Dejad, pues, ahí por un instante el saco en litigio, replicó el anciano; id á vuestra casa con dos testigos, y traednos ese segundo saco de trescientos florines, despues de lo que decidiremos.

Jacobo no pudiendo darse cuenta de lo que pudiera

ocurrírsele al decano, muy tranquilo por lo bien que se habia presentado, fué con dos testigos á su tienda, reunió trescientos florines en moneda menuda, y los llevó en un saco.

Durante su ausencia, Claes Dierick habia mandado á su criada hiciese cocer agua en dos marmitas. Nadie de los circunstantes se imaginó lo que iba á suceder. El decano puso la plata del saco reclamado en una marmita, y en la otra el dinero del segundo saco; luego los meneó con mucha paciencia con un palo.

Aunque los presentes comenzaban á decir que el anciano habia recurrido á la magia y que iba necesariamente á descubrirse la verdad, Jacobo Paes perseveró en su seguridad y no se turbó aun.

Quando el agua se enfrió el decano examinó la superficie y la hizo examinar por todos los testigos. El agua de la marmita que contenia el saco llevado últimamente por el comerciante de granos y sacado de sus propios cajones, estaba cubierta de pajitas, de polvo sutil y materias fariáceas.

—He aquí efectivamente un dinero que proviene de mercaderes de granos dijo el decano: pero ved como el agua del saco disputado esta cargada de esas materias crasas y oleosas que descubren el almacen de un comerciante de aceite y especias!...

Así fué reconocido el robo, gracias al ingenioso procedimiento del decano: Jacobo se inmutó al fin; le enviaron delante de los jueces, donde fué pronunciada su condena.

Desgraciadamente las incompletas notas que nos han dejado los nombres y algunas circunstancias de este accidente, no nos dicen cuál fué la pena que se aplicó al ladrón. Ignoramos si recibió baquetas, ó fué condenado á trabajos forzados, desterrado ó ahorcado. Las relaciones populares del hecho, conservadas por muchos siglos entre los ancianos del barrio, dicen que fué ahorcado. Nada se puede afirmar sobre esto. Pero la opinion general afirma que la calle de los Primos en Gante, debe su nombre á la celebridad de los dos hombres, cuya historia acabamos de describir.

En cuanto á los que pretenden que trae su nombre de los detestables insectos que pueblan los lugares próximos al agua, deben tener presente que esos malditos insectos no habitan con preferencia la calle de los Primos que las inmediatas, y que por otra parte podian dar su nombre á un centenar de las calles de Gante.

## ESTUDIOS GEOGRÁFICOS.

### SAN PEDRO DE LOANDA.

Los primeros establecimientos del comercio europeo sobre la costa occidental de Africa han sido fundados por navegantes normandos. Desde 1364 los diepeses se habian establecido sobre una porcion de la costa al S. de la isla

de Cabo Verde: dos de los puntos de la hospitalidad llevan todavia los nombres de grande y pequeña Dieppe; otro tercero lleva el nombre de pequeño Paris.

Los desgracias y calamidades que vinieron sobre la Francia poco tiempo despues perjudicaron á la prosperidad del establecimiento: empezaron á ser visitados por los navíos que al principio habian hecho alli un importante comercio en oro, en marfil, y sobre todo en polvo de malagusa.



ta, tan abundante en aquella comarca, que recibió el nombre de *Costa de los Granos*: medio siglo cerca despues de la fundacion de este establecimiento, bajo el reinado de Juan I, resolvieron los portugueses emprender algunas exploraciones mas allá de las islas de Cabo Verde. Llegó un buque al golfo de Guinea enviado de Lisboa durante la estacion de las lluvias. Las enfermedades que les ocasionaron les obligó á volver á Portugal; pero las vicisitudes de la navegacion, habiéndoles arrojado hácia el S., les hicieron descubrir el 23 de diciembre de 1405, la víspera de Santo Tomás, una isla que fué llamada Santo Tomás, y dió márgen este descubrimiento á nuevas expediciones: pronto toda la costa de Guinea, de Congo y de Angola fué explorada: se ocuparon los puntos mas favorables y se vió levantar en 1578 á San Pablo de Loanda (*San Paulo de Assumpse de Loanda*) que fué la capital de la provincia de Angola y de todas las posesiones portuguesas de aquellas comarcas, residencia del gobierno y silla episcopal, centro de todos los negocios al S. del Ecuador, notardando en ser muy floreciente esta ciudad: pero solo al fin del siglo último llegó á una prosperidad verdaderamente notable. Preciso es confesar que la trata de negros fué el elemento

principal de su fortuna y que este ha quedado sin importancia desde que su tráfico odioso ha sido prohibido, reduciéndose su comercio á la esportacion de algunos géneros, entre los que el liquen y el musgo que sirve para los tintes, ocupan el primer lugar. Apenas de tiempo en tiempo llega algun navío á su rada: apenas posee una casa de comercio ó algunos almacenes. Las ruinas han sucedido á las espléndidas casas edificadas y construidas con el oro que los tratantes negreros ganaban con tanta facilidad: negros cubiertos de harapos ocupan las ventanas ricamente trabajadas donde las fastuosas criollas portuguesas ostentaban los adornos de la suntuosa y graciosa negligé, único vestido que permite el clima. La animacion de las calles y plazas públicas ha sido reemplazada por el tétrico silencio de una ciudad despoblada. Portugal parece tener poco cuidado por una posesion que no le produce nada; hay pocos empleados, y el soldado que allí envia de tarde en tarde jamás recibe sueldo y se vé obligado á dedicarse á alguna industria para vivir. Sin embargo, el gobierno mantiene á alguna distancia del interior un establecimiento de deportacion destinado para los que son condenados por delitos políticos.



Vista de San Pablo en Loanda.